

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

G. JUNCALES Y LIBER

En diferentes textos, pancartas y discursos desde el Movimiento Socialista se ha puesto sobre la mesa una consigna: *“Organizar el socialismo en todos los territorios”*. Llevar a cabo esta consigna implica, primero de todo, comprender la situación de esos territorios en los que tenemos que organizar las fuerzas existentes que puedan trabajar en favor del proceso socialista. Entendiendo que esta organización no se hace de cualquier manera, ni es una simple reunión o encuentro de personas con buena voluntad. Organizar el socialismo implica poner las bases para recomponer el proletariado como sujeto político en tránsito hacia el proletariado revolucionario constituido en Partido comunista.

En la fase actual del movimiento socialista, la tarea está en articular a la militancia existente en una constelación de organizaciones capaces de recomponer el tejido proletario socialista completamente descompuesto tras el final del ciclo revolucionario del siglo pasado. Ejecutar esta tarea desde la posición socialista implica un trabajo político integral que se debe concretar en formas organizativas que permitan permear política y organizativamente en todo contexto y particularidad. En este artículo abordaremos la dimensión territorial de esta tarea.

La territorialidad estatal obedece a las lógicas y necesidades del capital en la lucha de clases, lo que da pie a que haya resistencias al contradictorio despliegue del capital. La existencia actual de marcos de referencia territoriales diferenciados requieren de una intervención específica y particular para garantizar su efectividad.

Avanzamos algunas premisas de lo que vamos a defender. La operatividad organizativa es un principio básico de la racionalidad socialista y no renunciamos a ella: la organización política debe ser necesariamente internacional y en un primer momento estar articulada en el marco estatal capitalista, hoy articulado en forma de grandes bloques supraestatales como la Unión Europea. Pero esto no basta para la articulación del proletariado en sí, tal cual existe.

La apuesta táctica que hacemos se introduce en el primer apartado en el que se expone la articulación de marcos de referencia territoriales. Para poder llevar esto a cabo en nuestro contexto desarrollaremos que la organización política debe estructurarse territorialmente entre dos límites entre los que debemos mover nuestra táctica organizativa: la necesidad de articularse a escala estatal sin que ello suponga legitimar el marco estatal y, en segundo lugar, la necesidad de trabajar sobre las particularidades culturales-nacionales oprimidas desde el internacionalismo.

1. LA ARTICULACIÓN DE MARCOS DE REFERENCIA TERRITORIALES

La organización es una mediación política entre las subjetividades existentes y la conciencia socialista. Por ello, la organización debe atender a las exigencias de las subjetividades hoy existentes, pero no para naturalizarlas y eternizarlas, sino para transformarlas. Por esto es necesario la articulación de la clase trabajadora en los marcos de referencia institucionales que impone el capital, en nuestro caso la Unión Europea y el Estado español como marcos de acumulación del capital, pero no puede obviarse la existencia de comunidades políticas consolidadas que determinan una subjetividad propia, como es el caso de las naciones oprimidas que han tenido procesos de nacionalización fuertes en los últimos siglos y que han llevado amplias capas del proletariado a tener una conciencia nacional específica y diferenciada.

La combinación de estas realidades nos obliga a adoptar una táctica organizativa flexible y adaptada a la constante mutación del territorio fruto del desarrollo capitalista y, por tanto, de la lucha de clases. Es importante resaltar esto: el territorio no está determinado unilateralmente por un solo polo de la lucha de clases. Los burgueses no hacen las naciones a su antojo, como no las pudieron hacer antes los señores; ni tampoco el proletariado puede escindirse “nacionalmente” de manera efectiva como ha demostrado una y otra vez el siglo XX en insurrecciones obreras locales o incluso Estados Socialistas “en un solo país”. Ahora bien: las fuerzas políticas que sintetizan las relaciones de clase actúan en lo concreto de manera territorializada, buscando posiciones de hegemonía en referencia a una determinada escala territorial. Esta lucha se materializa en la disputa de territorios, que a veces pasa por el cuestionamiento e impugnación de los mismos (como en los procesos de liberación nacional).

Entendemos que en la situación de debilidad política en la que se encuentra el proletariado, este no es capaz de dispu-

tar territorios ni de determinar su propia territorialidad del mismo modo en que es impotente para dotarse de otro tipo de instituciones que permitieran cosas tan básicas como garantizar la supervivencia de los individuos de nuestra clase. La clave del trabajo político militante en la fase del proceso socialista emergente es la articulación de distintas realidades dentro de un modelo de acumulación de fuerzas. La articulación territorial efectiva deberá, por tanto, comprender los distintos marcos territoriales operativos en cada realidad concreta y organizarse en base a ellos.

Un militante, un grupo de militantes, una organización entera, tienen que entender que su trabajo político se da dentro de una realidad geográfica, de un territorio concreto. Ese territorio es la materialización de una serie de tendencias históricas que, en nuestro periodo histórico, no expresan otra cosa que las condiciones espaciales en las que se desarrolla la lucha de clases. Por tanto el trabajo político tiene que desplegarse partiendo de una comprensión de su realidad territorial que renuncie a esquematismos, simplificaciones y fetichismos del territorio. Por eso es necesario tener una comprensión profunda de cuáles son las realidades territoriales que existen en un espacio determinado, cómo se relacionan entre ellas y cuál debe ser nuestra práctica de intervención con respecto a cada una de ellas.

La herramienta para trabajar con esa pluralidad de realidades territoriales es entenderlas como marcos de referencia, en los cuales se desarrollan tanto las subjetividades como los procesos históricos y políticos de nuestra sociedad. En este sentido, un marco de referencia no es cualquier geografía ni cualquier filiación subjetiva. A pesar de que existen buenas razones técnicas, históricas, geográficas o lingüísticas para tener en consideración determinados ámbitos territoriales, si estos no tienen una dimensión política no pueden tener interés para el trabajo político. Tener dimensión política tampoco puede reducirse a tener instituciones burguesas definidas, sino que debe aplicarse para todo territorio que constituye un

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

espacio social en disputa por las fuerzas políticas articuladas socialmente que representan el conflicto de clases.¹

Los marcos territoriales son materia de estudio riguroso y científico, no pueden por ello reducirse a esquematismos positivistas. En este sentido, tenemos un largo camino por hacer como militantes socialistas en afinar nuestra comprensión territorial concreta prescindiendo de una vez de esquematismos y simplificaciones nacionalistas, del mismo modo y a la vez, que tenemos que enriquecer nuestra comprensión de la clase obrera renunciando y desechando el fantasma del obrerismo. De nuevo, como se viene afirmando, el análisis de coyuntura se convierte en una necesidad apremiante para la militancia porque es la herramienta fundamental para poder reunir el mejor conocimiento disponible al servicio de nuestras tareas. Entre ellas, destacamos la relación de la articulación política territorial con la de la organización militante.

La tarea que se impone para la organización de la militancia socialista es la articulación de la misma a través sus marcos territoriales. El verbo *articular* aquí tiene una relevancia especial, porque la militancia pasa de tener que adscribirse a un marco determinado desde el que desplegar su trabajo a invertir la relación: el trabajo político es lo que conecta en lo concreto las distintas realidades territoriales superpuestas. La militancia de una zona rural tiene que trabajar sobre su marco de referencia marcado por esa ruralidad, pero ese trabajo también se ve condicionado por su marco nacional e institucional y no puede desarrollarse de espaldas a estos marcos como si toda la territorialidad se redujera a su particularidad rural. Del mismo modo, la militancia de los barrios de las megápolis modernas no pueden pretender obviar la existencia de marcos nacionales vigentes y operativos a pesar de la tendencia a la formación de “ciudades globales”: el trabajo militante deberá contemplar que su marco de referencia es el barrio, la megápolis, el estado capitalista y, también, el tejido global concreto en el que se inserta la ciudad. Definir con precisión, concreción y operatividad los marcos de refe-

1. Sirva para clarificar esta cuestión un contraejemplo: el castellanismo político ha afirmado desde los años 80 el marco territorial de 17 provincias en base a argumentaciones técnicas (históricas, geográficas, lingüísticas...). Sin embargo, la inexistencia de instituciones a esa escala y la incapacidad de ningún sujeto político de instituir nada a ese nivel han demostrado a lo largo de varias décadas la inoperatividad de ese marco de referencia para el trabajo político por su nula relación con la realidad concreta de la lucha de clases en todo ese territorio. A la vez, en esas décadas, se ha demostrado con fuerza como la territorialidad leonesa, cántabra o madrileña emergía sistemáticamente en distintos conflictos políticos y sociales en los que las fuerzas políticas en disputa adoptaban esos marcos de referencia. Afirmar la existencia de un marco territorial castellano de 17 provincias sin capacidad de demostrar objetivamente la existencia política de ese marco con la creación de instituciones a esa escala o con la disputa de las existentes ha llevado la apuesta territorial castellanista al puro voluntarismo.

rencia de cada espacio militante es la tarea que permitirá el despliegue de la organización.

A menudo, la machacada consigna “*piensa globalmente, actúa localmente*” ha servido para mistificar lo anterior, dando una cobertura a las prácticas localistas aderezadas con un vago sentimiento, a menudo poco más que declarativo, de “solidaridad”. Esta inercia militante ha borrado el elemento más importante para esta tarea: la mediación organizativa que tiene que conectar lo local y lo internacional, cosa que no hace el mero “pensamiento” ni la solidaridad abstracta. Sin esa mediación es inevitable caer en límites que nacen de nuestra propia práctica. Por ejemplo, en contextos en el que la brecha territorial es cada vez más acusada, tratar de obviar esta cuestión y tratar de imponer formas organizativas homogéneas en territorios despoblados con pequeños núcleos poblacionales, ciudades de provincias y macrociudades está destinado al fracaso al no atender a las particularidades de cada uno de los contextos. Buscar organizarnos seriamente requiere de estudiar, sin idealizaciones, las posibilidades reales de organizarse en unos y otros territorios; requiere de escoger tácticamente las fuerzas que se pueden poner en cada uno de ellos en cada uno de los momentos dependiendo de la fase del proceso en la que nos encontremos. Atendiendo también a la existencia de diferentes ritmos, tipos de infraestructuras o potencias diferentes. Por ejemplo, cuando se está dando una ruptura juvenil, quizás no es el momento de dedicar las fuerzas organizativas en zonas territoriales en las que apenas hay jóvenes, fruto del éxodo rural. Como, en otro momento, en el que el control de la producción agrícola o industrial sea la táctica general las fuerzas organizativas quizás deberán desplegar, sobretodo, en entornos hoy mayoritariamente despoblados.

2- LA NECESIDAD DE ARTICULARSE A ESCALA ESTATAL SIN QUE ELLO SUPONGA LEGITIMAR EL MARCO ESTATAL-NACIONAL.

Se ha defendido, con razón, que la articulación organizativa ha de dar cuenta de la necesidad de organización a nivel europeo, al estar en este macro-estado la mayoría de competencias financieras, políticas o, cada vez más, militares.² Pero afirmar esto no puede llevarnos a esquivar la problemática cuestión del Estado Español y la necesidad de organización en su escala, siempre como subescala de ese marco supraestatal europeo como marco mínimo para que una organización comunista pueda articularse de manera efectiva.

El Estado Español y su aparato administrativo autonómico y local son instituciones de referencia de la espacialidad capitalista desde hace dos siglos. Las dinámicas de acumulación de capital no pueden comprenderse sin atender a estas instituciones ni se puede comprender la relación espacial del capital sin atender a cómo se configuran estas instituciones³. Algunas manifestaciones objetivas de esto son, por ejemplo, el hecho de que exista una normativa laboral unificada o que haya una serie de mercados dominados por unas mismas empresas de forma oligopólica (energía, combustibles, alimentación...). Otras manifestaciones, ya en el plano subjetivo, serían las distintas luchas políticas que se dan en el seno del Estado como la expresión del conflicto social entre clases que no aparece directamente. Desde los debates legislativos al reparto de los presupuestos del Estado, todos estos conflictos constituyen la comunidad ilusoria (en palabras de Marx y Engels⁴) de “lo español”.

En este sentido, el Estado Español es una referencia territorial ineludible para la articulación de masas obreras y para el trabajo político socialista. El Estado Español es de facto un marco de referencia para la lucha de clases en tanto que lo es para la acumulación de capital. Lo uno y lo otro son

2. La escala organizativa territorial: cuestión estatal y cuestión nacional en la actualidad. en Nueva estrategia socialista., EHKS. 2023.

3. Tal y como se defiende aquí, la consolidación del Estado Español nace de una relación asimétrica entre territorios que es el resultado de una integración asimétrica de sus respectivas élites en el aparato estatal: <https://www.horitzosocialista.cat/index.php/component/content/article/la-queestio-valenciana-i-les-tasques-de-les-comunistes?catid=8&Itemid=190>

4. La ideología alemana. K. Marx y F. Engels. 1846 <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1846/ideolemana/index.htm>

5. Comprender la relación del Estado y la lucha de clases es fundamental para evitar la mistificación del Estado capitalista, que siempre termina en una justificación de su carácter natural y, consecuentemente, eterno e insuperable. En este sentido, un enfoque más adecuado es el que recoge Simon Clarke en *Estado, lucha de clases y la reproducción del capital*. (Ver Anexos de "Marx, marginalismo y sociología moderna" Ed. Dos cuadrados. 2022)

indisociables⁵. Tanto es así que la práctica militante de los movimientos sociales nos ha llevado a este marco territorial mayoritariamente de forma inconsciente e irracional, pero no aleatoria. Las dinámicas de lucha espontánea adoptan sistemáticamente este marco, como con la extensión de olas de solidaridad (por ejemplo, con la detención de Pablo Hásel, las asambleas para la huelga feminista o con el conflicto del Metal de Cádiz de 2021) o con la extensión de huelgas (como en el caso de Inditex en 2022). Sobre esto, tenemos que detenernos en señalar el error de considerar el marco estatal español como la escala fundamental que lleva a que sea casi la única. Reconocer que el marco estatal es en cierto modo ineludible, es el primer paso para superarlo y, sobre todo, para evitar la legitimación del marco.

Vemos la naturalización del Estado Español como marco de referencia dominante en el trabajo político se ha dado de una manera inconsciente e irracional. Inconsciente porque se ha impuesto por pura dejación de la militancia política, refugiada en el localismo. Irracional porque si bien las instancias estatales son determinantes para el trabajo político de cualquier tipo, en la Unión Europea lo son tanto o más las instancias continentales (Comisión Europea, Banco Central Europeo, Frontex o las competencias de pesca, agricultura o medioambiente que son dictadas desde instancias europeas..) sin que a su escala haya habido las últimas décadas ninguna articulación permanente de trabajo militante de relevancia más allá de oleadas de organización para cuestiones puntuales como pudieron ser en los inicios de siglo las contracumbres, la CES como marco de organización del sindicalismo socialdemócrata o ACE que engloba a diferentes organizaciones autodenominadas partidos comunistas bajo el paraguas del KKE.

El marco español se impone como resultado de la fortaleza del capital para organizar bajo sus necesidades de acumulación todas las relaciones sociales, también las de resistencia al propio capital. Esta maldición se impone al movimien-

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

to obrero desde la crisis económica de 1873, que abrió las puertas al proteccionismo que anticipó el imperialismo. La II internacional no pudo escapar de esta hegemonía de las nacionalidades burguesas, primando los grandes partidos obreros nacionales que llevaban en su seno el desastre que se evidenció en la alineación de los mismos con sus burguesías en la matanza que comenzara en 1914: la I Guerra Mundial.⁶

La postura bolchevique ante la debacle de la II internacional demostró que el camino correcto estaba (y está) en actuar políticamente en los procesos organizativos de nuestra clase siempre desde el internacionalismo proletario. La articulación a escala estatal responde a una funcionalidad estratégica, a un momento de la organización revolucionaria mundial, y no a un principio irrenunciable asociado a una “realidad cultural objetiva”.

Es decir, en ningún caso esta articulación estatal debe suponer la afirmación o naturalización de la nación española como constructo ideológico, sino que deberá educar continuamente en el internacionalismo proletario y contra el nacionalismo. Contrastemos esta necesidad con la que existe de estructurarnos a escala continental para la Unión Europea como bloque geopolítico. La necesidad estratégica es la misma y la orientación funcional también debe ser la misma, siendo en este caso más comprensible para todo el mundo que la organización a escala europea no pasa por la afirmación de la identidad europea ni el fomento del europeísmo cultural.

3- LA NECESIDAD DE TRABAJAR SOBRE LAS SUBJETIVIDADES TERRITORIALES EXISTENTES DESDE EL INTERNACIONALISMO.

En todo el punto anterior desarrollamos la necesidad de la articulación política asumiendo la espacialidad capitalista. Pero con esto no basta. La lucha de clases no se reduce a los marcos territoriales determinados por las instituciones

6. La división nacional del movimiento obrero dominante en la II internacional fue la antecala de las ruptura revolucionaria de 1917 (Ver *El capital y la nación desde la crítica de la economía política*. Fernando Dachevsky. 2020. Revista Izquierdas.)

burguesas, de hecho como consecuencia de la lucha de clases estos marcos se ven constantemente cuestionados, desbordados y subvertidos. Ahí radica la necesidad de adaptar el despliegue organizativo del movimiento socialista a una territorialidad más abierta.

Empecemos por la manifestación más evidente de esto: no puede obviarse la existencia de comunidades políticas consolidadas que determinan una subjetividad propia, como es el caso de las naciones oprimidas. Estas naciones han tenido procesos históricos que han llevado a amplias capas del proletariado a tener una conciencia de la opresión nacional específica y diferenciada, como es el caso de Cataluña o Euzkai Herria. Lo relevante de esta circunstancia es que genera marcos diferenciados para el desarrollo de la lucha de clases que se concretan objetivamente en, por ejemplo, la existencia de una cultura de conflictos laborales propios (caso de EH con sindicatos de masas propios) o en Cataluña con un conflicto político y social como el que estalló en 2017. Tampoco es de extrañar que esto sea así, ya que la existencia de estos procesos de nacionalización debe encontrarse en el desarrollo de la lucha de clases. Por el contrario, los análisis hegemónicos se apoyan en las explicaciones “culturalistas” que se apoyan en supuestos sustratos precapitalistas o diferencias étnicas, lo que borra todo rastro de lucha de clases en el conocimiento de los procesos de nacionalización.

El Estado Español se ha formado históricamente en el proceso de opresión nacional y cultural hacia su diversidad cultural interna. Ha sido así desde su conformación, pasando por el franquismo, hasta llegar a las cargas del 1 de octubre. El problema nacional español reside en que su propio proceso es asimétrico entre las distintas partes que lo componen: existen naciones consolidadas conviviendo con otras realidades que no forman una nación en sí misma, sino un “resto” heterogéneo. La cuestión que queda siempre por responder en el caso español es la que tiene que ver con “el resto”. Nos detenemos a analizar cuáles han sido las propuestas sostenidas por

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

parte de diferentes organizaciones revolucionarias de esta cuestión agrupándolas en 3 grandes familias: el federalismo, el nacionalismo revolucionario y el nacionalismo español.

- **La opción federalista** ha sido la opción históricamente predilecta por las izquierdas españolas. Una opción originaria en el liberalismo radical del siglo XIX y que convive largamente con la emergencia del proletariado revolucionario hasta ir declinando lentamente ante las otras alternativas. Esta opción, que históricamente tuvo su relevancia llegando a su apogeo en la I República Española de 1873, ha quedado reducida a un recurso retórico sin fundamento real al carecer de respaldo popular, institucional o político.

La opción federal es la predilecta para quienes sostienen el paradigma de un estado plurinacional, que, en todo caso, siempre tienen problemas para concretarlo más allá de EH, Galicia o Catalunya. Sin embargo, el federalismo es también la opción predilecta entre quienes practican la negación abstracta de la opresión nacional en todo el espectro político. Esta es la postura dominante del autonomismo y el anarquismo, en la que se niega la opresión nacional y se asume como internacionalismo un “cosmopolitismo”. Bajo el mantra “todo nacionalismo es fascismo”, esta postura adopta una articulación abstracta que obvia lo territorial, resuelve la opresión nacional mediante la negación de cualquier opresión nacional o cultural. En la práctica, la negación abstracta de la opresión nacional a lo único que conduce es a la reproducción de los marcos territoriales objetivamente operativos: los del Estado. En consecuencia, en la gran mayoría de los casos, el federalismo es un “camino empedrado de buenas intenciones”...hacia el nacionalismo español.

- En cuanto al **nacionalismo revolucionario**, este nace de la premisa de que para superar la opresión del na-

cionalismo español es necesario establecer marcos nacionales que justifiquen la concepción de España como esa imagen simplificada de “cárcel de pueblos”, de forma que se pueda desplegar toda la estrategia política de la liberación nacional anti-imperialista. Pero si bien resulta claro definir esas naciones oprimidas cuando hay elementos objetivos (lengua, estatus jurídico, formaciones sociales...) que permiten delimitar el alcance de la opresión nacional (como Catalunya o Euskal Herria); hay otros muchos casos en los que esta definición no es nítida (Castilla o País Liones) y evidencia esa asimetría social y territorial del interior del Estado.

La experiencia del nacionalismo revolucionario de las últimas décadas da prueba del recorrido que tiene promover un desarrollo equiparable para los distintos casos que se dan en el interior del estado español, pretendiendo hacer equiparable la opresión nacional catalana con la andaluza o con la desestructuración de Castilla. Tras décadas de ser la opción predominante entre la militancia comunista del estado, hoy podemos señalar que se encuentra en vía muerta. Allí donde ha sido minoritaria (Castilla, Aragón, Andalucía, León...) ha sido reemplazada por un territorialismo abstracto defensor del medio rural, de la España Vacía o derivados similares. Allí donde ha sido hegemónica, ha pasado a convertirse en muleta de la cara socialdemócrata del Estado Español incluso donde el proceso independentista ha llegado más lejos tal y como se evidencia con la reciente rendición de JxC al PSOE. Este es el balance sintético de la tentativa de construir naciones alternativas pretendidamente revolucionarias para demostrar la opresión nacional española sobre el proletariado. En nuestra opinión, un rodeo que termina en extravío.

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

- Por último cabe señalar la existencia del **nacionalismo español** en el campo revolucionario. En este bloque incluimos aquellas posiciones que afirman la nación española. Haciendo de la necesidad virtud, gran parte de las tradiciones revolucionarias españolas asumieron el marco territorial del Estado que se impuso a sangre y fuego con el primer franquismo. Es la opción del “patriotismo revolucionario” que buscaba defender España de “la invasión extranjera” durante la guerra civil, que fue la narrativa propia del PCE. Cuando la lucha de clases avanzó, tensionando ese Estado y certificando la existencia de marcos relativos como Cataluña o Euskal Herria, estas posiciones se enquistaron y empezaron a convivir a duras penas con la extensión cada vez mayor del nacionalismo revolucionario que hemos descrito. Sin embargo, se habían sentado las bases para un españolismo que se ha desarrollado mucho más con los años⁷, también en los espacios militantes.

La crisis política española de la última década ha traído como novedad la irrupción de un nuevo españolismo de masas como reacción al proceso independentista catalán y en sintonía con la emergencia global de un espacio político ultraderechista renovado. Esa situación ha propiciado la aparición y el crecimiento de posturas social-chovinistas y directamente nacionalistas entre filas militantes. El ejemplo paradigmático de Reconstrucción Comunista, como organización que ha virado su postura hacia el nacionalismo español más regresivo es claro. Pero no por ser el más estridente es el único caso: ahí están las tesis del II Congreso del PCTE de 2021 (una organización que venía de defender un modelo federal) o la tolerancia en espacios vinculados al PCE con propagandistas del nacionalismo español como es el caso de Santiago Armesilla.

7. El renacimiento del nacionalismo español que ocurre a partir de los 90 es un proceso reciente pero de un gran impacto político en la década actual, como se ha visto tras la reacción españolista ante el 1-O de 2017. La génesis de ese nuevo españolismo la caracteriza bien *Un haz de naciones. El Estado y la plurinacionalidad en España (1830-2017)*. Xabier Domenech. 2020. Ed. Península.

Nos hemos detenido en analizar las distintas concepciones que han sido hegemónicas entre la militancia comunista de las últimas décadas para señalar su impotencia y lo errado de su planteamiento al asumir como válidas concepciones territoriales que parten de mistificaciones nacionalistas... o de su negación abstracta.

Nuestra propuesta hoy parte de no negar la existencia de particularidades objetivas, como son las naciones oprimidas, sobre las que se debe trabajar hoy mismo, porque condicionan el despliegue organizativo y porque delimitan el campo de lo políticamente posible.

En todo caso, las particularidades nacionales no son las únicas que el capital impone sobre el territorio. El desarrollo desigual y combinado del capital genera constantemente una geografía económica que se enfrenta a las instituciones territoriales históricas y que cuestionan el propio modelo nacional burgués. El ejemplo más claro de esta tendencia es la aparición de megaciudades que emergen en el territorio como una singularidad que sobrepasa el marco nacional en el que se dan. Esta es una constante de las últimas décadas que ni siquiera la gran recesión de 2008 y la aparición de una nueva oleada nacionalista en todo el mundo occidental ha sido capaz de mitigar. El caso de Madrid en el Estado Español es un caso claro de cómo la dinámica urbana de una sola gran ciudad es capaz de condicionar los procesos políticos del conjunto del Estado⁸. Tener en cuenta esta ordenación territorial desigual es imprescindible de cara a desarrollar una técnica organizativa eficiente que tenga presente la necesidad de adaptarse organizativamente a las diferentes formas que adopta la lucha de clases en megaciudades, entornos rurales despoblados y en otros con alta densidad de población; en capitales de provincia o islas turistificadas.

8. La geografía económica que impone el capital está ampliamente estudiada por autores como Neil Smith o David Harvey. Algunos efectos que hemos señalado podrían ser la brecha territorial, sobre la que escribimos en el anterior número de Marx XXI (*Brecha territorial y el espectro de la despoblación*), o lo que en prensa se ha dado en llamar “La España de Las Piscinas” por el libro de Jorge Dioni del mismo título

CONCLUSIÓN

Revisar críticamente nuestras prácticas es lo que nos posibilita un avance respecto de las inercias de las que viene gran parte de la militancia, cuya referencia territorial está marcada o bien por un voluntarismo identitario o bien por el inmediatismo de lo local. Existe una diferencia sustancial entre adoptar un marco territorial por mera adscripción voluntaria a hacerlo de manera racional y estratégica. Esta diferencia es la capacidad de intervenir políticamente a esa escala. Los marcos de referencia son la herramienta para que la organización sea capaz de conectar las distintas realidades que se solapan en el territorio teniendo herramientas para intervenir en todas ellas. De esa manera, poder hacer políticamente posible lo que es estratégicamente necesario.